

ces de una opresión milenaria, que el verdadero reto está en remover los pilares de una cultura genérica antidemocrática. La democracia genérica, como la presenta Marcela Lagarde es condición indispensable para repensar la sociedad en nuevos términos y en esta cruzada, el feminismo aparece como la vía adecuada en el reconocimiento “de una fuente compartida, de una historia, de una mirada, de un lenguaje propio y desarrollar nuestra propia palabra, hablar desde nosotras” (p.385).

Es urgente dice Lagarde, favorecer el encuentro entre nosotras para discutir sobre la guerra y la paz, la reforma del Estado y la ciudadanía plena de las mujeres, la

situación de emergencia por el aumento de la pobreza y el desaliento, así como acerca de los avances de las mujeres, la globalidad de nuestra causa, y la política de redes que genera capital político femenino (p.386). En este sentido, alerta también sobre la presencia aparente de las mujeres en los espacios públicos, arraigadas en las filosofías y en los discursos y en las palabras tradicionales, y señala “seremos usadas por mentalidades avanzadas, pero no avanzaremos en nuestra propia causa...” (*idem*). En este sentido, se refiere al “uso político de las mujeres” el cual a partir de una mínima igualdad jurídica, del acceso de unas cuantas a bienes, espacios y oportuni-

des intenta descalificar la perspectiva feminista y mantener a las mujeres comprometidas en otras causas, lo cual “posibilita la opresión de género y la retención de los poderes sociales en manos de los hombres y de intereses enajenantes” (*idem*).

A la luz de estas consideraciones, las demandas y acciones de las mujeres indígenas, zapatistas o no, se presentan con un alto contenido subversivo: modificar la cultura, la vida cotidiana, las relaciones entre los sujetos de diferente sexo en una intrincada red de procesos políticos, económicos y sociales, es como bien señala Guiomar Rovira Sancho “La lucha dentro de la lucha” (p.17). ■

## UN ARTISTA DE LA CIENCIA FOLKLÓRICA

Raúl Eduardo González

Clara Meierovich. *Vicente T. Mendoza. Artista y primer folclorólogo musical*. México, UNAM, 1995. 257 pp.

**P**ara muchos resulta prácticamente desconocido el trabajo que realizara Vicente T. Men-

doza como folklorista (o folclorólogo), sobre todo en este tiempo cuando las tradiciones mexicanas son muy poco populares entre nosotros y cuando cualquier forma artística o proyecto cultural que puedan parecer nacionalistas son considerados parte de una corrien-

te caduca. Muchos años de afán cosmopolita, de falta de compromiso social de nuestros artistas y gobernantes; muchos años –repito– nos separan de la obra de Mendoza, el primer folklorista musical mexicano que se diera en vida a la tarea de recuperar la riqueza tradicional de nuestro pueblo, con lo que legó un patrimonio documental de gran importancia para el conocimiento en ese campo.

Por lo antedicho, la labor de Clara Meierovich en el libro *Vicente T. Mendoza. Artista y primer folclorólogo musical* se destaca por el mérito que representa acercar al lector a la vi-

da y obra de un intelectual mexicano de innegable importancia; también porque ofrece al conocedor de Mendoza un panorama amplio y documentado de los diversos aspectos de un trabajo rico y múltiple y, finalmente, porque revela facetas muy poco conocidas de su obra: las de compositor, dibujante y poeta.

Nacido en 1894, Vicente T. Mendoza formaría parte de esa generación de intelectuales que presenciarían muy jóvenes el nacimiento de esta nación y ulteriormente definirían su rostro cultural. Hombre de su tiempo, lleno de inquietudes, vería truncada su formación musical en el fragor de la Revolución y los años posteriores a ésta; como dibujante en la Secretaría de Fomento (de 1912 a 1925) desarrollaría no sólo su afición por el trazo (había sido alumno en la Escuela Nacional de Bellas Artes), igualmente comenzaría, en los campamentos que debía emprender en esa dependencia, su gusto por el folklore, que acaso sería el medio que le permitiría acceder a la riqueza literaria de nuestra lengua, y con ello a su afición por la poesía.

En la primera parte de libro, Meierovich nos ofrece un panorama del trabajo artístico de Mendoza; a la vez que lo valora en el contexto global de su obra, lo sitúa en la perspectiva de su tiempo; dice al respecto: "La producción mendocina... transcurrió, en su porción mayor, paralela a variados, incisivos y definitivos acontecimientos de la historia mexicana".

Como músico, Mendoza se adhirió en principio a la "Cruzada Pro-

Sonido 13" de Julián Carrillo; formó parte del taller de composición en el Conservatorio Nacional, bajo la dirección de Carlos Chaves, al lado de Blas Galindo y Pablo Moncayo, quienes como sabemos llegarían a ser considerados los más reconocidos músicos mexicanos de este siglo, con composiciones sustentadas en la tradición popular. La obra de Mendoza como compositor, aunque rebasa los cien títulos, permanece casi desconocida, de ahí la importancia del apéndice en el que la autora publica el catálogo de ésta.

Para ilustrar el trabajo de don Vicente como dibujante, en el libro se reproducen imágenes de lo más representativo de sus libros, producto de su talento natural y del rigor científico de su trabajo —sobre todo en su última etapa—, que lo llevarían a dar cuenta pormenorizada de sus observaciones. No obstante, se entregó también al dibujo artístico siguiendo los hallazgos de artistas plásticos de la época; Meierovich señala directamente las posibles influencias de José Clemente Orozco.

Cabe recordar en este punto los momentos casi coincidentes en que surge el muralismo, con todo un código plástico original, y su paralelo musical, el nacionalismo. Si bien Vicente T. Mendoza queda oficialmente fuera de ambos como artista, es indudable que a través de su investigación folklórica aportaría muchos elementos que influirían, sobre todo, en el movimiento musical; valdría la pena saber en qué medida, pues en tales corrientes artísticas se fundamenta sin duda mucho de

lo que hoy conocemos como "lo mexicano".

Mendoza fue autor de tres libros de poesía, mismos que no han tenido la fortuna suficiente para ser conocidos en nuestros días; Clara Meierovich tiene el buen tino de describir parte de ese trabajo lírico, transcribe algunos versos y con ellos nos deja ver que si bien Mendoza tuvo sensibilidad, lo mejor de su pluma floreció en el campo de la ciencia folklórica, el que constituye justamente su trabajo más reconocido, y al cual se orienta la segunda parte del libro.

Mendoza se consagró fundamentalmente a la recopilación y el análisis de diversos materiales poéticos y musicales de varias regiones de nuestro país. A lo largo de su vida se dio a la tarea de reportar con profundo afán científico los resultados de sus investigaciones, y por ello no sólo se abocó a la publicación de un buen número de libros (la autora consigna 13 en la bibliografía), también plasmaría su saber a través de artículos en diarios, publicaciones de carácter científico y reconocidas revistas de su época: *Excelsior*, *El Universal*, *México en el Arte*, *Nuestra Música* y, muy importantes, los *Anuarios de la Sociedad Folklórica de México*, fundamentales para el estudioso del folklore mexicano, que nacieran de la iniciativa de Mendoza y en los cuales diera a conocer una veintena de artículos.

Vicente T. Mendoza ha sido sin duda uno de los más importantes investigadores del folklore mexicano. Su convicción de la riqueza cultural de nuestro país lo llevó no sólo a consa-

grarse a la investigación en ese campo, sino a hacerlo con un profundo sentido científico al que abocó todas sus capacidades como músico, musicólogo, escritor y dibujante, mismas que describe en profundidad Clara Meierovich.

A su muerte en 1964, el trabajo de don Vicente quedaría como una base importante para el desarrollo de grupos folklóricos, investigadores y aficionados. Aunque a la fecha todavía no se le otorguen los méritos que justamente merece, sin su obra

nuestro conocimiento del folclore mexicano sería muy pobre. Acaso la popularización de los discos —de la cual él quedó al margen— como medio de difusión folklórica musical nos haga reconocer más a los investigadores que se han servido de estos medios y casi olvidar a aquellos precursores del folclore mexicano, que debieron auxiliarse apenas de cuaderno (pautado y de raya).

Entre ellos, muy pocos como Vicente T. Mendoza. Son escasos los

trabajos que hablan de su obra como investigador y artista; por ello el libro de Meierovich posee, como hemos dicho, el mérito de referirse no sólo a su trabajo folklórico; nos acerca también a la labor artística y así contribuye de manera importante al mejor conocimiento de la figura de Vicente T. Mendoza. Ambos cauces de la obra de don Vicente quedan abiertos para futuras investigaciones: su trabajo tiene mucho que decir sobre el modo de ser del México de este siglo. ■